

“Lohengrin” como drama wagneriano

Aunque no pueda, desde luego, negarse la enorme distancia que, desde el estricto punto de vista de la concepción wagneriana del drama, separa “Lohengrin” de las obras cumbres del Maestro, “Tristán” y “Parsifal”, en las cuales la acción como tal ha casi desaparecido, no quedando más que la imprescindible para servir de sostén al desenvolvimiento de los diversos sentimientos por los que los personajes atraviesan, tampoco podríamos afirmar que Lohengrin sea una “ópera italianizante” más que un drama wagneriano en el sentido más rígido. Y no hablaremos ya de la cuestión – cuya importancia queda relativamente en un segundo plano – del hecho de que la trama verse sobre temas históricos o puramente legendarios, sino que, coincidiendo con Houston Stewart Chamberlain, afirmaremos que es un verdadero drama desde el momento en que la descripción de los estados de ánimo y los actos de orden puramente humano constituyan la razón de ser y el motivo principal de la obra. Y en ello no podemos por menos que recordar las palabras del propio Wagner, cuando afirma: “Hoy, como siempre, la verdadera forma dramática, la forma perfecta, sólo puede conseguirse con el concurso de aquellas tres artes de orden puramente humano (danza, música y poesía)”... “Los únicos temas accesibles al poeta-músico son lo de orden puramente humano, y liberados de todo elemento convencional”.

Y desde este punto de vista es como analizaremos someramente el contenido real de la obra “Lohengrin”. Exceptuando el Rey Enrique el Pajarero, cuya intervención en la obra se limita a representar la justicia y el orden, y que, por tanto, no es de influencia decisiva en el desarrollo de la acción dramática, nos quedamos con los cuatro personajes centrales: Elsa, Lohengrin, Ortrud y Telramund.

De ellos, Lohengrin y Ortrud se nos presentan como los genuinos representantes de los dos polos opuestos, el bien y el mal – según la concepción cristiana en que se sitúa la trama – o, si se quiere, el dios cristiano y el dios germánico. Pero es principalmente alrededor de Elsa y de Telramund sobre quienes girará el desarrollo de toda la obra, y quienes, con sus constantes vacilaciones, cambios y dudas, darán ocasión al poeta-músico para describir genialmente estos volubles estados de ánimo, los infinitesimales cambios, cuya contemplación constituirá – aquí como siempre – la finalidad de la obra wagneriana y su verdadera innovación en el arte dramático moderno. Este no necesita ya de la acción por la acción, ni tan siquiera de la música por la música, en el poema como en el decorado, para lograr esa superior finalidad que es la contemplación de “lo puramente humano” en cada personaje.

Elsa es el temperamento humano, el comportamiento genérico del ser humano. Elsa es cada hombre, cada mujer: En la necesidad, cree fielmente en su salvación; pasados los momentos difíciles, su propio ego le pide más, quiere saber, poseer, gozar, quiere pruebas, quiere poder tocar, palpar, conocer... y el drama irá describiéndonos,

lentamente, como recreándose en ello, esta evolución del alma femenina de Elsa, desde su fe ciega hasta su duda total.

Pero, desde luego, no será Telramund la causa verdadera de este progresivo egoísmo de la encarnación de la ingenuidad y la pureza. El no es más que un medio del alma pérfida de Ortrud. Él no es, al fin y al cabo, más que un caballero digno, fiel, aunque excesivamente celoso de un honor que consiste en la cotización que de él tienen los demás, y que actúa siempre engañado. Siendo pieza primordial, no tiene verdaderamente la culpa del drama que se desarrolla ante sus ojos, y que acaba siendo causa de su muerte. Así, en la II escena, pronuncia ya, plenamente convencido, las palabras de la acusación, y, dando fuerza a sus palabras, a la vez que, en indudable gesto de hombría, afirma:

*“Con su delirio no me engañará.
Su ignoto amante se lo inspira.
La culpa para mi bien clara está:
tan clara cual la luz siempre la vi
y más testigos invocar que el cielo
mi decoro no puede consentir:
con mi espada la afirmo; y de vosotros
quién lo contrario sostener querrá?”*

Y, cuando el caballero de blanca armadura ya ha aparecido, y todos le aconsejan deponer su acusación, pronuncia fieramente, en una exclamación que no es sino nobleza y valentía:

“Antes que cobarde, muerto.”

Por su parte Elsa, durante todo el I Acto, empujada en realidad a no dudar por la necesidad, muestra hacia el caballero misteriosamente aparecido una fidelidad y un amor totales; incluso antes de su llegada, sin haberlo visto con los ojos del cuerpo (aunque sí imaginado), en la seguridad absoluta de ser socorrida, ruega con serenidad el Heraldo que hace la llamada:

*“Yo te suplico, que sea llamado
segunda vez mi campeón...
está muy lejos, no oyó el pregón.”*

Y al pronunciar el caballero las palabras fatales, que constituirán la causa material del desarrollo psicológico del drama, darán la excusa al compositor para levantar toda su obra, las palabras de la Prohibición, apoyadas musicalmente por el tema, bien determinado y concreto, que Elsa afirma sin siquiera enterarse. El propio Wagner lo

indica con la aclaración: “Elsa responde en voz baja, casi inconscientemente”. Y la Prohibición es repetida:

*“No debes preguntarme,
ni a revelar instarme
mi nombre y condición
ni cuál es mi nación.”*

La escena con que se abre el II Acto, a pesar de lo generalmente poco aplaudida, encierra en sí los mayores encantos del drama. Marca definitivamente el desarrollo que la trama adquiere en la mente de Telramund. En ella, una vez más, se nos muestra sincero, noble, que lentamente, y con trazos magistrales – que sólo Wagner podía describir- va siendo engañado de nuevo por Ortrud, aún y a pesar de su resistencia inicial. El tema del engaño envolverá toda la escena con sus notas, y en su tonalidad, en la obscuridad de la escena y lo diabólico del juramento de venganza, hallaremos un marcado contraste con la ingenuidad y la pureza que envolvían toda la intervención de Elsa hasta ahora.

Aceptada Ortrud gracias a la piedad de Elsa al lado de ésta, inicia rápidamente su acción demoledora. Su voz sembrará la semilla de la duda en su corazón y, ello conseguido, Ortrud perderá importancia dramática, hasta desaparecer, al igual que Telramund, pues desde ahora ésta se dedicará ya a profundizar en ese mundo en descomposición que es el alma de Elsa.

Cierto que al principio ésta le responde:

*“Tú no comprendes desgraciada
cuán puro y santo es nuestro amor
y a ti la dicha jamás fue dada
que de la fe vive al calor.”*

Cierto que luego afirmará:

*“Tan noble y puro es el guerrero
que entre portentos vimos llegar
que Dios castigo da severo
a quien le intenta calumniar.”*

Pero también es cierto que, cuando en este mismo acto, lee su Caballero en su mirada la sombra de la duda, se repite por dos veces su nombre, como lo es también que finalmente ella reconoce:

*“Más dominar mi corazón no puede
su vivo afán, sus dudas sofocar.”*

y la música nos ayuda, al sonar el tema de la prohibición, cuando, en medio de los acordes de la marcha nupcial, Elsa, abrazada a su enamorado, observa a Ortrud en posición amenazadora.

El III Acto marca el desarrollo definitivo de la acción dramática. En un dúo de amor, que se inicia en medio de la atracción más poderosa de los dos amantes, Elsa empieza tímidamente a preguntar cómo podrá llamar a aquél que tan apasionadamente ama, cómo sabrá que nunca la dejará de nuevo en su espantosa soledad, dónde buscarlo entonces para no perderle, por quién preguntar, en quién confiar... Es así, no ya por curiosidad ni por afán de seguridad, sino movida por una extraordinaria pasión amorosa, como germina en ella la duda que ha sido sabiamente sembrada en su interior. Así culmina la acción dramática. La pregunta fatal es insistentemente pronunciada:

*“Aunque me cueste la vida
quiero saber quién eres tú.”*

Ya el drama ha terminado. Aun debemos oír la explicación del caballero de blanca armadura, Lohengrin, hijo de Parsifal, que viene de Monsalvat y contemplar la aparición de Godofredo, pero, para la estricta acción dramática, ello ya carece de la trascendencia anterior. Hemos sentido, hemos captado, hemos asimilado nuestra esencia humana de la duda, esa falta de fe, ese egoísmo patente de todo sentimiento – incluso en el más noble y puro -. Nuestra alma ha contemplado la esencia humana en este aspecto; la obra de arte ha obrado: nuestro ser sale de la contemplación como de un baño divino.

José Manuel Infiesta Monterde

“LOHENGRIN”

SINOPSIS ARGUMENTAL

I

“Lohengrin”, o “El Caballero del Cisne”, es una leyenda medieval que agradó tanto al compositor Richard Wagner que decidió convertirla en una de sus óperas románticas.

La historia se desarrolla en Brabante, cerca de Amberes, a donde llega el Rey Enrique I de Alemania, apodado “El Pajarero”, con objeto de solicitar ayuda para combatir a los húngaros que amenazan con invadir su reino.

El pueblo de Brabante se encuentra en ese momento huérfano de rey. Elsa y su joven hermano Godofredo (heredero del trono), se hallan al cuidado del conde Federico de Telramund, quien desea casarse con la muchacha. Pero Elsa le rechaza. Ofendido, contrae matrimonio con Ortrud, hija del príncipe de Frisia, que conspira para conseguir el trono de Brabante.

Ortrud, que posee poderes mágicos, atrae a los jóvenes Elsa y Gottfried al bosque y coloca una cadena en torno del cuello del joven, transformándolo en cisne. A continuación explica a su esposo que ha visto con sus propios ojos cómo Elsa ahogaba a su hermano menor en un pequeño lago.

La acción del drama comienza en este instante. El rey Enrique convoca a los nobles del reino y allí Telramund acusa a Elsa del asesinato de su hermano para poder ocupar ella el trono. Con la excusa del asesinato, Telramund se presenta como pariente más cercano para optar al trono junto con su esposa Ortrud.

El rey, después de colgar ostentosamente su escudo en el árbol de la justicia, hace llamar a la princesa para escuchar la versión de la acusada. Elsa aparece, vestida de blanco, candorosa y triste, sumida en el recuerdo de un sueño que ha tenido. No intenta, ni siquiera, defenderse de la acusación. Acepta al Rey Enrique como juez del caso y sus únicas palabras son “¡Mi pobre hermano!”. Los nobles están atónitos. Elsa explica entonces su sueño: Ha rogado a Dios y Este le enviará un caballero para defender su honor.

El rey hinca entonces su espada en tierra y pregunta a los litigantes si aceptan el Juicio de Dios. Ambos asienten y se ordena al heraldo que toquen las trompetas hacia los cuatro puntos cardinales, recabando la presencia del guerrero dispuesto a defender a Elsa. Por dos veces, el silencio responde a la llamada.

Elsa se hinca de rodillas implorando el auxilio del cielo y ante el asombro de todos ven que se acerca una barquita, tirada por un cisne que conduce a un guerrero vestido con armadura de plata y una trompa de oro al cinto, tal como había descrito la joven en su sueño.

Todos permanecen mudos de asombro. El caballero desciende de la barca y se despide del cisne hasta su regreso. Seguidamente se declara paladín de la doncella con una única condición: que confíe ciegamente en él y le prometa que no le interrogará jamás sobre su nombre, condición y procedencia. Si el caballero gana, se convertirá en el esposo de Elsa y reinarán conjuntamente en el país. Por tres veces le hace esta advertencia y ante el asentimiento de ella, la estrecha entre sus brazos y la confía al cuidado del rey.

Se prepara el campo para la lucha, marcándolo con lanzas. Los amigos de Telramund intentan disuadirle ante lo increíble de la presencia de Lohengrin pero él responde que “Antes muerto que cobarde”. El Rey invoca a Dios en una solemne oración y da la señal de comienzo golpeando con su espada el escudo colgado del árbol.

Después de varios asaltos, el caballero derriba a Telramund con una tremenda estocada, y a continuación le perdona la vida, instándole al arrepentimiento. Los nobles muestran su entusiasmo por el desenlace, Elsa no cabe en sí de alegría, mientras que Ortrud no comprende quién es este guerrero que ha desbaratado sus planes. Así termina el Acto I.

II

El segundo acto muestra el castillo de Amberes: en el fondo el Palacio, a la derecha la iglesia, y a la izquierda la 'Kemenate', edificio donde viven las mujeres.

Se ha hecho de noche. Las ventanas del Palacio están iluminadas y se escucha música alegre. Ortrud y Telramund, miserablemente vestidos, se encuentran sobre las gradas del templo, reprochándose mutuamente lo ocurrido. Por culpa de ella, que le animó a la contienda, él ha sido despojado de su honor y sus bienes. Ortrud, por su parte, está tramando un medio de engañar a Elsa para que infrinja su promesa. Empieza explicando a su marido que el poder del desconocido, que es en realidad un mago, desaparecería si éste revelase su nombre, condición y procedencia a petición de Elsa. Por tanto es necesario obligar a la muchacha a hacer la pregunta. Para ello es imprescindible declarar públicamente que el noble es en realidad un mago. También serviría infligirle cualquier tipo de herida para desposeerle de sus poderes.

Elsa aparece entonces en un balcón de la Kemenate y canta un aria a la noche desbordando felicidad. Ortrud despide a Telramund diciéndole que ella se encarga de Elsa y lo mismo haga él con su campeón. A continuación, empieza a quejarse con voz plañidera, despertando la compasión de Elsa, que corre a su encuentro para consolarla. En cuanto la muchacha desaparece, Ortrud se transforma invocando a los dioses paganos, Wotan y Freia, para que le ayuden en su intento.

Pero cuando entra en escena Elsa todo cambia. Su bondad y sencillez no sólo hacen que la perdone sino que invita a Ortrud a formar parte del cortejo nupcial. Esta ya empieza a sembrar en la joven la sombra de la duda, que nada puede hacer frente a la fe de Elsa en su paladín. Ambas entran en el Palacio con los primeros destellos del amanecer.

Comienza el despertar de la ciudad- Los centinelas tocan sus largas trompetas desde las torres. Con el nuevo día la escena va llenándose de gente. El primer heraldo anuncia el destierro de Telramund y el nombramiento del vencedor como "Protector de Brabante", quien, después de su boda con Elsa, conducirá a su ejército contra el enemigo. En un rincón, Telramund explica a cuatro seguidores suyos su intención de desenmascarar al impostor que le ha ganado en la contienda.

Aparece el cortejo nupcial. Elsa y su séquito de damas, entre las cuales se encuentra Ortrud, se dirige hacia la Iglesia. De repente, Ortrud se separa del séquito y acusa a Elsa públicamente, reclamando sus derechos. Esta defiende a su paladín. Ortrud replica que el nombre de su esposo, Telramund, es conocido mientras que el del otro contrincante es desconocido de todos. La acusación comienza a sembrar la duda en el alma de Elsa aunque continúa defendiendo a su héroe.

En este momento llegan el rey, los nobles y el héroe, vestido ahora de ceremonia. Elsa implora su ayuda pero aparece Telramund, acusando públicamente al héroe de brujería y exige que dé cuenta de su nombre y linaje. El Caballero del Cisne contesta que únicamente Elsa tiene derecho a hacerle esa pregunta al tiempo que se da cuenta de que la joven está siendo presa de un mar de dudas.

Mientras los nobles aseguran su fidelidad al Caballero, Telramund aprovecha la ocasión para colocarse junto a Elsa y aumentar su estado de duda y angustiosa ansiedad. Lohengrin se acerca de nuevo a rescatarla y, preguntándole si está de acuerdo con él, la toma de la mano para entrar con el rey y todo el séquito en el templo para celebrar la ceremonia del matrimonio.

III

El acto tercero se desarrolla en la cámara nupcial en donde van entrando el rey y Elsa y Lohengrin acompañados del cortejo formado por nobles y damas. Comienza entonces uno de los fragmentos más hermosos de la obra. Después del canto nupcial, los jóvenes esposos

quedan solos y es el momento de declararse su mutuo amor, lo que hacen con un idealismo tan delicado y profundo que, el lector que sigue el libreto, queda impresionado de su inmensa e intensa emoción. Se sientan ambos en un diván cercano a la ventana, solos por vez primera y se confiesan con ardor apasionado su inmensa dicha. Su candor cautiva al esposo que le confiesa que ya la presentía sin siquiera conocerla. Elsa recuerda a su vez con entusiasmo el sueño en que él aparecía. Entre caricias y abrazos, el Caballero pronuncia varias veces el nombre de Elsa. En ella, se van despertando las dudas sembradas por Ortrud. “Cuán dulce suena mi nombre en tus labios”, en cambio ella no puede pronunciar el de su paladín por ignorarlo. Le pide que se lo diga y que ella le guardará el secreto. El, entretanto, la rodea con sus brazos y la conduce a la ventana, mostrándole la dulce quietud de la noche y el embriagador perfume de la naturaleza. El no quiere saber cosas de ella. Solo sabe que en cuanto la vio se enamoró perdidamente y no necesitó nada más para amarla. Pero todo es en vano, Elsa no se calma, sino todo lo contrario El trata de disuadirla diciéndole que él no necesitó más que verla para creer en su inocencia, no buscó prueba alguna. Le sugiere algo de su origen excelso al hablarle de un hermoso reino que ha abandonado para siempre por amor a ella.

Todo es inútil, sólo consigue aumentar la idea que le ha sugerido Ortrud de que tal vez algún día desaparecerá para volver a su reino y ella no tendrá manera de hallarle. Las alucinaciones hacen que le parezca ya ver el cisne con la barquita que viene a recogerle y, pese a las advertencias del héroe que intenta hacerla volver al mundo real, Elsa, fuera de sí, realiza la pregunta prohibida: “¿Quién eres? Dime cuál es tu nombre. De dónde has venido y cuál es tu linaje”.

En ese momento, ve que Telramund se introduce en la cámara con cuatro de sus nobles para herir al paladín y así desenmascararle. Rápidamente le alcanza su espada con la que éste mata a Telramund, ordenando a los nobles que lleven su cadáver en presencia del Rey. Levanta a Elsa, que se ha desvanecido y la confía a sus doncellas, diciéndoles que la vuelvan en sí y la preparen para acudir también al encuentro real, donde dará toda clase de detalles sobre su nombre, linaje y condición.

Cae el telón y se escucha a los trombones ejecutar el tema del Gral mientras se prepara el último cuadro, que es exactamente el mismo de la escena primera. El rey se halla bajo la enorme encina, convocando a todos los nobles para ir a luchar contra los húngaros. Sólo falta la presencia del Caballero del Cisne que deberá dirigir el combate. En su lugar, traen el cadáver de Telramund y detrás entra Elsa con la cabeza baja y la cara mortalmente entristecida. Finalmente hace su aparición Lohengrin, de nuevo con su fulgurante armadura. Todos los asistentes quedan desconcertados.

El Caballero explica que ya no puede realizar lo acordado, aclara cómo ha matado a Telramund y la desconfianza de Elsa que no ha sabido mantener su promesa. Es pues el momento de explicarles quién es y revelarles su nombre y alcurnia.

La música sugiere la armonía del Santo Gral. Un místico éxtasis se apodera del héroe que se yergue apoyándose en su espada. Todo se convierte en silencio. Una luz sobrenatural parece iluminar el rostro del Caballero, quien refiere el misterio del Santo Gral y la existencia del Castillo de Monsalvat habitado por intachables caballeros como él. Explica cómo el poder del Gral les hace invulnerables ante las miradas profanas, de las cuales deben desaparecer en el momento en que se conoce su identidad: “Oíd ahora como satisfago la pregunta prohibida: El Gral me envía ante vosotros; mi padre Parsifal ciñe su corona. Yo soy su caballero y me llamo Lohengrin”.

Sosteniendo a Elsa, medio desmayada, entre sus brazos, le explica cuánto había deseado poder revelarle su mística trayectoria pero ahora las leyes de la Orden le obligan a vivir separado de ella.

Vuelto al Rey, le comunica que no puede guiar el ejército y ya se escucha llegar al mensajero que le devolverá a su mística soledad.

Aparece el cisne al que Lohengrin deplora volver a encontrar en esas tristes circunstancias, pues de haber sido de otro modo, al cabo de un año el poder del Gral le hubiera devuelto su condición humana. Se trata de Godofredo, el hermano de Elsa, embrujado por Ortrud y protegido por el Gral. Lohengrin deja para él su espada, por si el Gral permite su regreso, su trompa para que pida auxilio en caso de peligro y su anillo en su recuerdo y memoria.

Aparece Ortrud, confesándose la autora del encantamiento y explicando que de haber sido Elsa fiel a su promesa, Godofredo hubiera vuelto liberado al cabo de un tiempo.

Al escuchar estas palabras, Lohengrin se hinca de rodillas en profunda plegaria. La blanca paloma del Gral, símbolo del espíritu, aparece y se posa sobre la barquita. Lohengrin suelta la cadena del cisne, que se convierte al instante en el hermano de Elsa.

A continuación, la paloma, tirando suavemente, se lleva la barquita con Lohengrin río abajo hasta que desaparece en un recodo.

Elsa siente que le faltan las fuerzas y balbuceando “¡Esposo mío! ¡Esposo mío!”, se desploma en brazos de su hermano, acabando así esta tragedia del amor ideal. Toda ella se basaba en la fe, pero la duda ha puesto fin a la historia.